

Indisciplina

Cesare Pavese

*El borracho deja a sus espaldas las cosas perdidas.
No cualquiera se atreve a plena luz del sol
a caminar borracho. Atraviesa tranquilo la calle
y podría cruzar entre paredes, que ahí están las paredes.
Sólo un perro anda de esa manera, pero un perro se para
dónde encuentra una perra y la huele, prolijo.
El borracho no mira a ninguno, ni aún a las mujeres.*

*Por la calle la gente, trastornada al mirarlo, no sonríe
ni desea que haya un borracho, pero los que tropiezan
por darse vuelta a verlo, retoman el paso
maldiciendo. Una vez que el borracho a pasado,
toda entera la calle se mueve más lenta
bajo la luz del sol. Si alguno se apura
como antes, es alguien que nunca podrá ser borracho.
Los demás miran, sin fijarse, las casas y el cielo,
que siguen estando ahí aunque los vea.*

*El borracho no mira ni las casas ni el cielo
pero no los ignora, porque con paso inseguro recorre un espacio
limpio como las franjas del cielo. Fastidiada, la gente
ya no entiende para que están las casas
tienen como el temor de que súbitamente la voz
ronca se echa a cantar y los siga en el aire.*

*En cada casa hay una puerta, pero entrar es inútil.
El borracho no canta, pero ocupa una calle
donde el único obstáculo es el aire. Y suerte
que hacia allá no está el mar, porque el borracho
caminando tranquilo entraría también en el mar
y ya sumergido seguirá en el fondo por el mismo camino.
Afuera la luz sería siempre la misma.*

CULTURA Y CORPOREIDAD: EL JUEGO COMO POSIBILIDAD DE CONSTRUCCIÓN CULTURAL

Taller de Cultura y Droga

Por: ANA PATRICIA NOGUERA ECHEVERRI
Prof. Titular Universidad Nacional
20 de marzo de 1998

Introducción

Nuestro país se encuentra en uno de los momentos más interesantes de su historia por la profundidad y complejidad de la crisis que enfrenta, crisis que lo llevará sin duda a cambios radicales de todo tipo, para los cuales la educación, tanto formal como informal, institucional no es el vehículo.

Nos referimos por supuesto, a la educación en su más generalizado concepto, es decir a la educación como forma de relación humana, dado que de tal modo que, pues toda forma de relación humana construye valores, formas de vida, formas de comunicación, instituciones, leyes, interpretaciones del mundo, lenguajes específicos.

La educación vista así, conserva y transforma constantemente aquello que es estrictamente de la naturaleza humana: la cultura.

Definir la cultura y relacionarla con la educación, es una tarea difícil. Los límites entre lo uno y lo otro no existen, por cuanto ambas tienen la misma naturaleza: el ser humano genuinamente simbólico.

La Cultura vs. las culturas

Tradicionalmente la palabra cultura, que viene de *cultivare*, ha tenido y continuará teniendo distintas significaciones de acuerdo con los diferentes momentos e historias de los diversos grupos humanos presentes, pasados y futuros. Sin embargo, es la humanidad occidental, desde Grecia del siglo VI y V ac, d.c. la que se ha considerado, poseedora de La Cultura, haciéndonos pensar que otras formas de vida no son cultas, sino bárbaras, incultas. De esta concepción eurocentrista, hemos sido culpables, en mayor o en menor grado todos aquellos estados y naciones, que desde los procesos de colonización por parte de la cultura europea, han interiorizado que la cultura es la cultura europea o eurocentrista.

Durante las últimas tres décadas, los conceptos de cultura han iniciado un cambio a raíz del surgimiento de los movimientos que en su origen se llamaron contraculturales por contradecir los "cánones de la cultura europea o dominante" desde diversos puntos de

innumerable cantidad de formas de ser típicas, fueron las que tocaron la campana de los sistemas racionales imperantes, hicieron flaquear sus cimientos, derrumbaron sus más sólidas verdades y obligaron a las más fuertes instituciones y racionalidades, a cuestionarse su sentido. La misma ciencia, por esencia europea y racional, lo mismo que la tecnología y otros campos de la cultura tuvieron que cuestionarse en sus fundamentos.

La fuerzas incontenibles de los sueños, de las esperanzas, de los deseos, de los diversos grupos humanos, han hecho que la palabra cultura se transforme profundamente, casi desde sus cimientos.

En este momento es absurdo pensar en la cultura como una sola, con verdades, valores, normas, formas de vida, de lenguaje y de conocimiento, únicos en el mundo. La multiplicidad de las diversas formas de existencia, de habitar la tierra, es ahora la única forma como se puede comprender la cultura. Ella es multívoca, multifacética, multidimensional, multipolar, multidisciplinar, y multidireccional. Ya no se está concibiendo la cultura como aquella alacena o anaquele, de donde cogían los valores, normas, verdades y otros aspectos de la vida.

Dicha concepción partía de la idea de que la cultura ya estaba dada, y por tanto la finalidad de la educación, era transmitir sus contenidos. La cultura era una herencia, un legado, un museo de cosas hechas, de realidades incambiables. Además, ese legado se encontraba en el campo de lo metafísico porque era espiritual y como tal servía para dirigir, dominar, educar nuestra naturaleza

vista como el artístico, el político, el antropológico, y el sexual. El Pop Art, el hippismo, los movimientos de liberación femenina, los movimientos antiracistas, los movimientos gays, los movimientos obreros y una cantidad de grupos heterogéneos que abanderan sus especificidades como formas culturales de ser propias, inician desde 1960, la lucha por el reconocimiento de las diferencias.

El concepto de cultura se polemiza en las academias y los intelectuales inician una serie de discusiones sobre este tema, que parecía incuestionable. Comienza la construcción de un pensamiento alternativo, con el fin de que puede dar respuesta a nuevas inquietudes humanas, dado que el pensamiento racionalista moderno, ya es insuficiente para responder a las preocupaciones, expectativas y proyectos de las diversas formas de existencia humanas.

Estamos asistiendo a la caída progresiva del socialismo, del capitalismo, del cientificismo, del progresismo, del machismo, y de una serie de "istmos" grandilocuentes, que eran sistemas racionalistas desde los cuales (y sólo desde ellos) era explicable la economía, la igualdad, la evolución, el poder, los valores preestablecidos y otros aspectos de la cultura dominante.

Las fuerzas incontenibles de la vida cotidiana, la vitalidad, la magia y cierta aleatoriedad de culturas por ejemplo las latinoamericanas y las africanas, su diversidad de religiones, de ritos, de formas de lenguaje, de arte, de conocimientos no-racionales, y una

instintual. Naturaleza y cultura se concebían como separadas.

Desde la fundación de la modernidad europea este concepto se hizo más fuerte por la aparición del paradigma tecnológico y por la idea de instrumentación y objetivación de la naturaleza. La cultura quedó relegada al plano metafísico, por estar por encima de lo físico. Aún la física, como por ejemplo la galileana o la newtoniana, estaban como ciencias, y sin quererlo por razones de índole ideológico, eran como por ejemplo, la separación entre verdad científica y dogma religioso, en el plano metafísico.

Sin embargo, como la ciencia y la tecnología se concebían antimetafísicas, entonces eran escindidas del campo de la cultura, dándole a ella un carácter espiritualista. A ella sólo pertenecían la religión, el arte.

Esta concepción eminentemente escindida de la cultura, y por tanto relegada a un plano poco importante para los modernos, ha primado en los *curriculae* de las escuelas modernas, en las actitudes de los educadores, y lo que es más grave, en la separación y negación permanente de la corporeidad respecto de lo intelectual, y con mayor razón, de lo espiritual. Esta dualidad, heredada del pensamiento cristiano, fue asumida por la modernidad y por la cultura moderna (entendiendo aquí cultura como forma de vida) es la base para la construcción de un concepto de ser humano escindido, fragmentado.

La corporeidad, como única forma del ser, viene siendo entendida no como cuerpo (que sería lo opuesto al alma), sino como la manifestación sensible de la conciencia, a través de la permanente y necesaria conexión con lo mundano. En nuestros estudios sobre la corporeidad, hemos encontrado en la corriente fenomenológica una fuente inagotable de posibilidades de comprender esta manera de ser. A la división cartesiana y cristiana de Cuerpo y Alma, poco a poco se le han ido oponiendo concepciones que van desde la negación de la existencia del cuerpo o del alma, hasta aquellas que piensan en esos dos momentos o elementos, como inseparables aunque distintos. De cualquier forma, las concepciones actuales ya no contemplan para nada estos dos aspectos como aislados. Por el contrario, parten de la mutua, permanente, necesaria y muy compleja relación, que la fenomenología piensa en grados, pero no de relación entre opuestos, sino de manifestación de una unidad permanente que conforma la subjetividad humana y que se manifiesta de modos diversos, según el horizonte intencional que la motive.

Las corrientes actuales que vienen indagando acerca de la crisis de la cultura moderna que se fundamentó en la división cuerpo y alma, cultura que había enfatizado una educación de tipo intelectualista, y que negaba por completo la corporeidad como experiencia permanente del ser humano en la constitución de sí mismo, han reconstruido un concepto de cultura integral, y por tanto basado en la diversidad, en la identidad y en la diferencia.

Nosotros, como grupo de investigadores acerca de la cultura¹, hemos tomado algunos elementos de la antropología, de las tendencias actuales de la sociología, del pensamiento filosófico llamado postmoderno y del pensamiento ambiental, y hemos reconstruido un concepto de cultura como este:

"contexto en el cual se construyen los modos de ser de las personas en su mundo de la vida cotidiana, modos de ser que a su vez sólo pueden ser comprendidos dentro del tejido significacional y simbólico que se ha ido construyendo a través de la historia regional y particular de la ciudad".²

Comprender una primera aproximación a un nuevo concepto de cultura, es partir de las diferencias y especificidades, de la diversidad y la heterogeneidad de los grupos humanos, y no de una concepción homogénea y universalista.

La *cultura*, que comparte raíz etimológica con *culto*, se entiende entonces a partir de la especificidad de formas de ser y de comprender el mundo. Se construye y reconstruye constantemente, no se transmite, lo cual no niega la comunicación permanente entre las

¹La autora de este ensayo, pertenece a un grupo de investigadores conformado por Jorge Echeverri González, Pedagogo y filósofo, (SENA Manizales), Gonzalo Escobar Téllez, Sociólogo, (Universidad Nacional de Colombia Manizales), y Jorge Ronderos, Sociólogo (Universidad de Caldas), grupo que realizó un trabajo sobre las alternativas y escenarios del fenómeno de la Droga en Manizales ciudad-región (Mapa cultural de afectación y riesgo). En la actualidad el mismo grupo con otros investigadores elabora un proyecto de investigación sobre Violencia y Medio Ambiente en Colombia, a nombre del IDEA Universidad Nacional de Colombia

²Echeverri Jorge, Escobar Gonzalo, Noguera Patricia y Ronderos Jorge. Mapa cultural de afectación y riesgo del fenómeno de la droga en la ciudad de Manizales. Informe final para la Dirección Nacional de Estupefacientes. Inédito (próximamente será publicado por la Dirección Nacional de Estupefacientes y la Universidad de Caldas) Marzo de 1994, p. 23

generaciones de hombres y mujeres que conforman un grupo cultural. Decimos que no se transmite como valor absoluto, sino como valor de cambio, es decir, como permanente debate, como experiencia constante, como tarea específica de los hombres y mujeres.

Y es en ese contexto de lo específico, de lo micro, de lo diverso, en esa interpretación específica del mundo a partir de la naturaleza simbólica del ser humano, que ubicaremos la capacidad lúdica del hombre.

Lo lúdico como constructor de cultura

Si la concepción de cultura moderna era el alejamiento del hombre respecto a la naturaleza, el énfasis en lo intelectual y la negación, por tanto, de la corporeidad, la concepción actual de cultura, en la cual nos movemos, rescata la naturaleza no como medio para llegar a la cultura, sino como apriori de la cultura. Dicho de otra manera, la naturaleza del ser humano es ser cultural, constructor permanente de mundo a través de los lenguajes, es decir, intérprete constante del mundo.

A esa capacidad creadora del ser humano, a esa capacidad simbólica que es en la cual se mueve toda la cotidianidad del hombre que es su propia corporeidad, se ha llamado capacidad estética. Una de las dimensiones de lo estético es lo lúdico, que indudablemente nos remite a creatividad. Negada reiterativamente por los sistemas "serios" de la educación institucional moderna, la estética lúdica, ha logrado sin embargo sobrevivir a

los ataques de las normas restrictivas a través de la cotidianidad. Es en ella, donde los seres humanos crean constantemente sus propias normas sin imposición de otro, para jugar al juego permanente de la existencia.

El primer juego que jugamos permanentemente es el juego del lenguaje del cuerpo. Jugar a tocarnos nosotros mismos y tocar a otros es el juego que permite al ser humano identificarse y diferenciarse, construir su primer territorio (negado para la cultura moderna) que es el territorio del yo-mundo-otro E³. Ese yo complejo que implica al mundo y al otro, no puede quebrantarse. La violencia actual en nuestro país tiene como una de sus causas esenciales, ese quebrantamiento histórico que hemos sufrido, gracias a la educación moderna de corte cartesiano. La negación del cuerpo como corporeidad, es decir como conexión permanente es negación del otro y del mundo. Por ello nuestras formas violentas de existencia han llegado a límites insospechados, si no es que han traspasado los límites de cualquier pensar.

El juego, como estética lúdica, ha sido entonces reiteradamente negado como posibilidad creadora y constructora de mundo. Sin embargo, aún en los sistemas más fríos de normatividad, el juego está presente. Somos seres esencialmente lúdicos. La racionalidad viene después, como una dimensión que permea lo lúdico, de la misma manera que la dimensión lúdica permea la racionalidad. Nuestras acciones están siempre movidas por lo lúdico aunque de manera

³Cfr. Noguera Patricia. El territorio perdido. Disolución del yo, Ilusión del otro. in Cultura y Droga # 2 Revista del Taller de Droga y Cultura Universidad de Caldas Manizales 1995

inconciente. Sin embargo, la educación racionalista moderna, mutila conscientemente la capacidad lúdica y creadora del ser humano.

Si embargo, las propuestas actuales en educación están rescatando de manera cada vez más crítica y profunda, la dimensión lúdica del ser humano. Hacer ciencia, técnica, poesía, política o normas de convivencia ciudadana, es el juego permanente de los seres humanos que han llegado a su mayoría de edad. Pero Hacer, es decir, Crear y Recrear, (porque hasta ahora lo que han hecho nuestras instituciones educativas es transmitir, bien en el mejor de los casos) ciencia, tecnología, política..cultura. Dado que transmitir es ya presuponer que las cosas estás hechas y no que están por construir.

El juego, como manifestación de la esteticidad lúdica, es la manifestación cultural que permite construir la identidad, las diferencias, las normas, la vida en solidaridad, la crítica, la discusión. El juego se enseña jugándolo y las normas se asumen sólo en la práctica del juego. Por ello, hay una apropiación inmediata del juego con la norma, donde claramente la norma sólo es vigente mientras permita jugar el juego. La norma no tiene validez per se ni en sí misma, sino que permanente es convalidada o rechazada por quienes juegan el juego.

Por tanto el espacio como espacio de construcción de cultura es definitivo en las propuestas educativas contemporáneas. Enseñar a jugar, permitir el juego, es permitir el desarrollo de la corporeidad, como yo creativo, el desarrollo de la vida con otros, y la capacidad

para criticar y construir normas que permitan el desarrollo de dicho yo-creativo.

El juego permite el reconocimiento de las diferencias, la calidad y el valor de dichas diferencias; permite reconocernos a través de los otros, no porque ellos sean como nosotros, sino porque ellos son ellos. La discusión permanente que es el juego, educa en la comprensión, que no es la aceptación acrítica, sino el reconocimiento de lo otro, sin que medien elementos de tipo explicativo.

El espacio lúdico llamado juego, como construcción simbólica, permite además la expresión libre de la corporeidad, aspecto que pedagógicamente es hoy, más que nunca prelativo para lograr un mundo más feliz.

Sin embargo, trabajar esta tarea nos remite como educadores, a hacer una crítica profunda a la educación tradicional, y por tanto al espacio de lo político, donde hasta ahora se ha jugado no para ser libres sino para ser vigilados, no para ser felices, sino para ser desgraciados.



Rubén C. / 98